

Civilización de la pobreza contra civilización de la riqueza para revertir un mundo gravemente enfermo

En ese texto el autor reflexiona sobre «una civilización de la pobreza para un futuro no capitalista», basándose en las ideas de Ignacio Ellacuría de quien fue estrecho colaborador y amigo. El concepto de civilización de la pobreza remite a un estado universal de cosas en que esté garantizada la satisfacción de las necesidades fundamentales, la libertad de las opciones personales y un ámbito de creatividad personal y comunitaria que permita la aparición de nuevas formas de vida y cultura, nuevas relaciones con la naturaleza, con los demás hombres, consigo mismo y con Dios. El autor, preguntándose por el origen de esta formulación en el pensamiento de Ellacuría concluye que el lugar en que convergen por necesidad profetismo y utopía es el tercer mundo, donde la injusticia y la muerte son intolerables, y donde la esperanza es como la quintaesencia de la vida.

No soy experto en sociología, ni menos en economía. Sí conozco el pensamiento de Ellacuría y puedo exponer y reflexionar sobre lo que él entendió por *civilización de la pobreza* y a qué instrumental recurrió para hacerlo.²

Jon Sobrino es doctor en Teología (Universidad de Fráncfort), director del Centro Monseñor Romero y profesor de Teología en la Universidad Centroamericana de San Salvador

¹ [N. del E.]: el 16 de noviembre de 1989 se produjo el asesinato, perpetrado por agentes del Estado de El Salvador, de seis jesuitas: Ignacio Ellacuría, Segundo Montes, Juan Ramón Moreno, Ignacio Martín Baró, Amando López, Joaquín López López, Elba Ramos y Celina, su hija menor de edad. Jon Sobrino, compañero de todos ellos, se encontraba en esa fecha impartiendo una conferencia en Tailandia y, gracias a ello, salvó su vida. Es autor de varias obras: *La fe en Jesucristo. Ensayo desde las víctimas* (1999), *Jesucristo liberador. Lectura histórico-teológica de Jesús de Nazaret* (2001), *Terremoto, terrorismo, barbarie y utopía. El Salvador, Nueva York, Afganistán* (2002) y *Cartas a Ellacuría. 1989-2004* (2004). Estrecho colaborador y amigo de Ignacio Ellacuría, coordinó junto a él la obra, *Mysterium liberationis. Conceptos fundamentales de la teología de la liberación* (1994).

² He desarrollado esta temática en «Ignacio Ellacuría, el hombre y el cristiano. Bajar de la cruz al pueblo crucificado», San Salvador 2001, pp. 40-45; *Cartas a Ignacio Ellacuría. 1989-2004*, San Salvador 2004, pp. 34-39; «El pueblo crucificado y la civilización de la pobreza», en *Fuera de los pobres no hay salvación*, Madrid, Trotta, 2007, pp. 17-38; «El Ellacuría olvidado». Lo que no se puede dilapidar», *Revista Latinoamericana de Teología* 79 (2010), pp. 69-96, especialmente pp. 85-93.

Pienso que su idea de la *civilización de la pobreza* sigue siendo importante y necesaria para construir otro modelo de sociedad y revertir este mundo enfermo por la crisis ecológica y económica del capitalismo.

Quisiera comenzar reproduciendo tres párrafos de Ellacuría que introducen bien en el tema de la *civilización de la pobreza* a quienes lo desconocen, además de aclarar interpretaciones no muy exactas.

1. *Definición-descripción*. «La civilización de la pobreza... fundada en un humanismo materialista, transformado por la luz y la inspiración cristiana, rechaza la acumulación del capital como motor de la historia y la posesión-disfrute de la riqueza como principio de humanización, y hace de la satisfacción universal de las necesidades básicas el principio del desarrollo y del crecimiento de la solidaridad compartida el fundamento de la humanización». ³
2. *Dialéctica*. «La civilización de la pobreza se denomina así por contraposición a la civilización de la riqueza y no porque pretenda la pauperización universal como ideal de vida... Lo que aquí se quiere subrayar es la relación dialéctica riqueza-pobreza y no la pobreza en sí misma. En un mundo configurado pecaminosamente por el dinamismo capital-riqueza es menester suscitar un dinamismo diferente que lo supere salvíficamente». ⁴
3. *Espíritu*. «Esa pobreza es la que realmente da espacio al espíritu, que ya no se verá ahogado por el ansia de tener más que el otro, por el ansia concupiscente de tener toda suerte de superfluidades, cuando a la mayor parte de la humanidad le falta lo necesario. Podrá entonces florecer el espíritu, la inmensa riqueza espiritual y humana de los pobres y los pueblos del Tercer Mundo, hoy ahogada por la miseria y por la imposición de modelos culturales más desarrollados en algunos aspectos, pero no por eso más plenamente humanos». ⁵

Lo fundamental de estos párrafos lo podemos formular así:

1. En cada una de las civilizaciones Ellacuría considera dos elementos fundamentales: lo que es *el motor de la historia* y lo que es *el principio de humanización* [o deshumanización]. En la civilización de la pobreza ambas cosas están fundadas en un humanismo materialista y en la luz y la inspiración cristiana.
2. No es posible conocer ni conceptualizar adecuadamente la civilización de la pobreza solo considerándola en sí misma. Es esencialmente *dialéctica*. Es necesario partir de la realidad de su contrario, *la civilización de la riqueza*, y lo que esta produce.

³ «Utopía y profetismo», *Revista Latinoamericana de Teología* 17, 1989, p. 170.

⁴ *Ibid.* 170.171.

⁵ «Misión actual de la Compañía de Jesús», escrito en 1983 y publicado en *Revista Latinoamericana de Teología* 29, 1993, pp. 119s.

3. Al mencionar el espíritu, Ellacuría pone más en claro que no está hablando de una *economía* de la pobreza, sino de una *civilización* de la pobreza. Lo primero remitiría a un ámbito concreto de la realidad. Lo segundo remite, por inclusión, a la totalidad ante la que se encuentra el ser humano.

Estas son ideas originales y audaces. Las volvemos a retomar 25 años después de su muerte, toda una generación, pues, por mucho que necesiten ser actualizadas en nuestro tiempo, no veo que se ofrezcan soluciones mejores y que vayan más al fondo de la crisis de este mundo, sea formal o materialmente capitalista, o no. Cuanto más “globalizado” está el mundo –y considero el concepto “globalización” un eufemismo de mal gusto– más indignación y vergüenza produce.

La civilización de la pobreza se denomina así por contraposición a la civilización de la riqueza y no porque pretenda la pauperización universal como ideal de vida... Lo que aquí se quiere subrayar es la relación dialéctica entre riqueza-pobreza y no la pobreza en sí misma

Origen y desarrollo de la idea en Ellacuría

En sus últimos años, en medio de un intenso *hacer* para frenar la guerra y encaminar a El Salvador hacia la paz y a un mínimo de justicia, Ellacuría también dedicó tiempo a *pensar*. Estuve cerca de él, y lo que más me impactó a este respecto fue cuando dijo «quiero pensar *el país*». Con ello quería decir, ciertamente, que había que pensar *la guerra y la paz*, por supuesto, *y la justicia y el desarrollo, la política y la religión*. Pero la expresión pensar *el país* iba más allá, pues el país es una totalidad. Y Ellacuría quería pensarlo, no cómo totalidad intemporal, sino cómo realidad histórica total, de dónde provenía y a dónde se caminaba. Y no solo El Salvador. En principio quería pensar la realidad de nuestro *mundo*.

Antes de seguir adelante es preciso aclarar que, al menos desde la década de los años setenta del siglo XX, en el pensamiento de Ellacuría –y en su sentir– fue central la honradez con la *negatividad* de la realidad. Reclamaba a Heidegger que «quizás en vez de preguntarse por qué hay más bien ente que nada, debería haberse preguntado por qué hay nada –no ser, no realidad, no verdad, etc.– en vez de ente».⁶

En lenguaje más histórico Ellacuría se lo preguntaba constantemente. Sin ninguna concesión, con total honradez y con el máximo de radicalidad, «se hizo cargo» de la negativi-

⁶ «Función liberadora de la filosofía», ECA 435-436, 1985, p. 50.

dad de la realidad. Y así, en su último discurso del 6 de noviembre de 1989, 10 días antes de su muerte, dijo que vivimos en una «civilización gravemente enferma» en peligro de un desenlace fatídico y fatal. Eso no le llevaba al fatalismo, pero sí a la exigencia de «encargarse de la realidad»: lo que en esa época significaba «revertir la historia, subvertirla y lanzarla en otra dirección». ⁷ (Añadamos que con su asesinato mostró *in actu* la disponibilidad a “cargar con ella”.)

Hoy suele decirse que «otro mundo es posible». Ellacuría decía «otro mundo es necesario». Pero no cualquier mundo “otro”. Aquí irrumpía la *civilización de la pobreza* para revertir la historia. Hasta donde yo alcanzo a ver, Ellacuría comenzó a dar vueltas a esta idea en los primeros años de la década de los ochenta. Era consciente de su originalidad y estaba absolutamente convencido de su necesidad.

En una conversación personal le oí decir: «la solución la tengo muy clara. Es la civilización de la pobreza». Y añadía: «que esta llegue a ser real es muy difícil». Con ello creo que quería decir dos cosas: 1. no es posible configurar un mundo así; 2. sin embargo, hay que intentarlo. Escribió por primera vez sobre ello en 1982 cuando estaba en el exilio y podía dedicarle más tiempo. Y publicó cuatro textos durante sus últimos siete años. ⁸ Creo que, hasta hace pocos años, estos textos no han sido tomados muy en cuenta. ⁹ Y no veo movimientos que los lleven a la práctica. En los textos el lenguaje y la conceptualización no son exactamente los mismos, pero sí lo es la idea principal. Lo que más me impresionó es que insistió en esa idea principal, siendo así que era absolutamente inusual.

Algunas aclaraciones

Los textos no son fáciles de entender y menos de aceptarse. Algo que bien pudiera ocurrir precisamente si se llegara a comprenderlos. Por eso, haré algunas puntualizaciones que puedan ser útiles.

1. Por lo que toca al término *civilización*, que yo sepa Ellacuría no la definió con precisión, pero de diversas formas en lo fundamental la describió suficientemente. La *civilización* es

⁷ «El desafío de las mayorías populares», *ECA* 493-494, 1989), p.1078.

⁸ «El reino de Dios y el paro en el Tercer Mundo», *Concilium* 180, 1982, pp. 588-596; «Misión actual de la Compañía de Jesús», escrito en 1983 y publicado póstumamente en *Revista Latinoamericana de Teología* 29, 1993, pp. 115-126; «La construcción de un futuro distinto para la humanidad». Discurso pronunciado en la inauguración de un Congreso realizado en Berlín en octubre de 1988, <http://mercaba.org>. FICHAS/Teología_latina; «Utopía y profetismo», *Revista Latinoamericana de Teología* 17, 1989, pp. 141-184, publicado también en I. Ellacuría, J. Sobrino, *Mysterium Liberationis, Conceptos fundamentales de la teología de la liberación I*, Madrid, 1990, San Salvador, 1991, pp. 393-442.

⁹ En los últimos años han aumentado los estudios sobre el tema de la *civilización de la pobreza* en las universidades de España, Estados Unidos y México. Pero pienso que no hacen innecesarias las siguientes puntualizaciones.

mencionada en paralelo a *un proyecto general de la humanidad, el orden de valores que configura el mundo, un estado de cosas...* En cuanto “general”, es global y abarcadora, desde la cual se deberán comprender los variados elementos de la vida humana personal y social. En cuanto “orden de valores” remite a lo humano de ese proyecto. En cuanto “estado de cosas”, parece remitir a un conjunto de cosas firme, con un dinamismo configurador.

2. Por lo que toca a la *civilización* de la pobreza, en un principio pensó usar el término *cultura* de la pobreza, pero lo abandonó cuando un connotado antropólogo y amigo jesuita, Ricardo Falla, le advirtió que en las ciencias antropológicas la expresión sonaba peyorativamente. Cambió el término *cultura* para que no hiciese peligrar la dimensión positiva de la civilización de la pobreza.

Lo que no cambió fue el término *pobreza*, aun a sabiendas de que sonaba chocante y aun absurdo proponerlo como elemento de la solución de un mundo enfermo.¹⁰ El mismo Ellacuría lo reconoció. «Para muchos el término resulta desagradable y eso no sólo en razón de la presión ideológica de quienes dominan el mundo y son los beneficiados principales de la civilización de la riqueza, sino porque es un hecho que el mundo en su inmensa mayoría está sumergido en unos niveles de pobreza y de miseria que son inaceptables».¹¹

Sin embargo, mantuvo el término, y la razón para ello pienso que es la siguiente. *Pobreza* remite a una realidad objetiva, *riqueza*, como a *su contrario*. No así *austeridad*, que remitiría por oposición a *actitudes subjetivas: derroche, consumismo*. Nada de esto es humanizante, por supuesto, pero no expresa la raíz del mal. El mal está en la *riqueza*, la cual, por su naturaleza histórica, lleva a ser acumulada de forma excluyente.

3. Según esto la civilización de la pobreza es por esencia “dialéctica”, y si se ignora esa dialéctica –o no se la comprende o se la va diluyendo paulatinamente– no se entenderá la civilización de la pobreza. En términos teóricos la civilización de la pobreza es contraria la civilización de la riqueza. En términos prácticos puede ser su superadora. En términos sencillos, sin mantener la dialéctica, la civilización de la pobreza pierde fuerza y aristas, y se desvanece su dimensión de ser portadora de salvación.¹²

¹⁰ Todavía en vida de Ellacuría, don Pedro Casaldáliga escribió: «A la “civilización del amor” debería añadirse aquello que con expresión feliz designó el teólogo jesuita, español, vasco, salvadoreño, Ellacuría, como la “civilización de la pobreza”, «A los quinientos años: descolonizar y deseangelizar», *Revista Latinoamericana de Teología* 16, 1989, p. 118. Pocos años después don Pedro y otros han ido enriqueciendo el término *pobreza* cambiándolo en *pobreza solidaria, austeridad compartida...* para que al menos pueda ser escuchado. En lo personal también actué así en una entrevista en TV española, en enero de 1990, explicando por qué lo hacía: la audiencia no tenía oídos para escuchar las palabras de Ellacuría en toda su crudeza: oír hablar de pobreza como elemento de civilización histórica.

¹¹ «La construcción de un futuro distinto para la humanidad», en la inauguración de un Congreso en Berlín, octubre 1988.

¹² Véase mis reflexiones en *Fuera de los pobres no hay salvación*, Madrid Trota, 2007.

La civilización de la riqueza en su concreción en el mundo de hoy

Como queda dicho no vamos a analizar con rigor qué puede aportar el pensamiento de Ellacuría a la superación del capitalismo actual. Pero sí podemos concretar la visión de Ellacuría sobre el primer y el tercer mundo, sobre EEUU y América Latina, en su tiempo referentes geográficos, en sentido amplio, de lugares de civilización de riqueza y de civilización de pobreza.

En el discurso de Berlín en 1988 describió así la realidad de nuestro mundo: «La exterioridad del Tercer Mundo descubre así y denuncia la interioridad del Primer Mundo». ¹³ Y continúa con estas durísimas palabras: «algo que no se quiere mirar porque pondría en trance de locura o de conversión toda una forma de ser y de hacer». ¹⁴

Comenzamos ahora, de acuerdo a la *dialéctica* de la civilización de la pobreza, con un breve análisis de la civilización de la riqueza. Esta hace de la acumulación del capital el motor de la historia. «En última instancia, propone la acumulación privada del mayor capital posible por parte de individuos, grupos, multinacionales, Estados o grupos de Estados, como la base fundamental del desarrollo». ¹⁵ Y por lo que toca al sentido de la historia y de la humanización, propone «la acumulación poseedora, individual o familiar, de la mayor riqueza posible como base fundamental de la propia seguridad y de la posibilidad de un consumismo siempre creciente como base de la propia felicidad». ¹⁶

Su juicio es muy crítico, pero no simplista. «No se niega que tal tipo de civilización, vigente tanto en el este como en el oeste y que debe llamarse civilización capitalista –sea capitalismo de Estado o capitalismo privado¹⁷– ha traído bienes a la humanidad, que como tales bienes deben ser conservados y propiciados (desarrollo científico y técnico, nuevos modos de conciencia colectiva, etc.), pero ha traído males mayores y sus procesos de autocorrección no se muestran suficientes como para revertir su curso destructor». ¹⁸

Los “males mayores” de esa civilización de la riqueza son la negación de los bienes mayores de la civilización de la pobreza. Es decir, no satisface las necesidades básicas de

¹³ Ellacuría solía repetir que si el Primer Mundo quiere conocer su verdad, mire al Tercer Mundo. Y en él, como en un espejo invertido verá una imagen grotesca de su verdad más verdadera.

¹⁴ «El reino de Dios y el paro», *op. cit.*, p. 593.

¹⁵ «Utopía...», *op. cit.*, p. 170.

¹⁶ *Ibidem.*

¹⁷ Esta conceptualización del capitalismo es importante para la temática de este número.

¹⁸ *Ibidem*, p. 173. La ausencia de autocorrección no suele estar muy presente en las críticas al uso.

todos. Y en lo que insistió cada vez con más fuerza, es que no genera solidaridad, espíritu, que humanice a personas y sociedades.

Por lo que toca a no generar *lo básico de la vida*, Ellacuría insistió en que no hay recursos en el planeta para que la solución que ofrece la civilización de la riqueza sea universalizable, y por ello, como afirmaba Kant, tampoco es ética. No sé qué diría hoy Ellacuría cuando se prometen, con mayor o menor credibilidad, y siempre con la *crisis* como espada de Damocles, posibilidades de disminuir la pobreza y hacer más posible el sustento diario universal. Pero lo que sigue sin ser en absoluto universalizable es el nivel de vida promedio [no solo la de los millonarios ni los miembros de la clase media, ni siquiera de la clase media baja] de estadounidenses, europeos o japoneses. Consumen tal cantidad de recursos, materias primas y energía que el resto no alcanza para la población mundial.

En lo que respecta al *sentido de la vida*, la civilización de la riqueza transforma históricamente lo *ego*-céntrico en *ego*-ísta. En lo fundamental, está basada en y ofrece un *espíritu* que lleva a la deshumanización. Es la civilización del individuo, del éxito, del buen vivir. Y el aire que respira el espíritu se enrarece todavía más cuando el Occidente que la produce se comprende a sí mismo no sólo como fruto del talento y nobles esfuerzos –en parte muy reales, a los que se añade también una secular y gigantesca depredación histórica–, sino como fruto de una *predestinación*, como antaño se comprendían los pueblos elegidos según las religiones.

En vida de Ellacuría, EEUU era el paradigma de la civilización de la riqueza y actuaba imperialmente con la naturalidad y prepotencia de quien obedece a un «destino manifiesto». Ese espíritu deshumaniza. Tiende a generar desprecio en unos y servilismo o respuestas irracionalmente violentas en otros.

Mirando a la forma que tomaba la civilización de la riqueza en EEUU, Ellacuría dijo que |«tiene una mala solución»,¹⁹ lo cual es peor que no tener solución, como es el caso del tercer mundo. Y fijándose –y generalizando– en su espíritu, dijo que los países de abundancia «no tienen esperanza» –algo que sí existe en el tercer mundo– sino que «lo único que realmente tienen es miedo».²⁰

Digamos que, en palabras más sencillas, sea cuales fueren las mejoras, reales o sueños veleidosos para paliar la pobreza, sigue sin verse el sentido de un mundo en el que la parábola del ricachón y del pobre Lázaro sigue siendo *su* parábola, y el abismo que los

¹⁹ «Quinto Centenario de América Latina ¿Descubrimiento o encubrimiento?», *Revista Latinoamericana de Teología* 21, 1990, p. 277. Transcripción del texto hablado de una ponencia tenida en el Centro *Cristianismo i Justicia*, Barcelona, 27 de enero de 1989.

²⁰ *Ibidem*, p. 282.

separa, lejos de reducirse, sigue aumentando. La conclusión de Ellacuría fue lapidaria: esa civilización sufre un «fracaso humanista y moral».²¹

La civilización de la pobreza

Ellacuría insistió en ella porque ofrece la superación de la civilización de la riqueza, y de los males mencionados. En un mundo configurado pecaminosamente por el dinamismo capital-riqueza es necesario suscitar un dinamismo contrario que lo supere salvíficamente. De ahí la tesis ya mencionada: la civilización de la pobreza «rechaza la acumulación del capital como motor de la historia y la posesión-disfrute de la riqueza como principio de humanización, y hace de la satisfacción universal de las necesidades básicas el principio del desarrollo y del crecimiento de la solidaridad compartida el fundamento de la humanización».²²

Dicho en positivo la civilización de la pobreza es «un estado universal de cosas en que esté garantizada la satisfacción de las necesidades fundamentales, la libertad de las opciones personales y un ámbito de creatividad personal y comunitaria que permita la aparición de nuevas formas de vida y cultura, nuevas relaciones con la naturaleza, con los demás hombres, consigo mismo y con Dios».²³

Esto, que pudiera ser expresión general de la utopía, es específico de la civilización de la pobreza y se aprecia cuando se analizan los fundamentos de esta ya mencionados: un humanismo materialista, transformado por la luz y la inspiración cristiana. Lo primero expresa el habérselas humanamente con lo real material, y así una civilización basada *en el trabajo*, como medio no sólo de producción, sino de cauce de creatividad y realización del ser humano, humaniza más que la basada en el capital, cómo lo dijo también Juan Pablo II en la *Laborem Exercens*, sobre la que Ellacuría escribió un espléndido comentario.

Lo segundo expresa que la civilización de la pobreza está transida de la tradición bíblico-jesuánica, historizada por la teología de la liberación.²⁴ Y en esto nos vamos a detener. No significa que esa civilización de la pobreza debe ser confesional, así como no lo es la UCA aun cuando acepte explícitamente *la inspiración cristiana*. De hecho este número de la revista está dedicado al «papel de las religiones ante la crisis de civilización por la que atravesamos», sin que eso signifique que ese papel deba ser puesto a producir confesionalmente.

²¹ «Utopía...», *op. cit.*, p. 173.

²² «Utopía...», *op. cit.*, p. 170.

²³ «El reino de Dios...», *op. cit.*, p. 595

²⁴ También la civilización de la riqueza puede –y suele– estar transida de una teología cristiana, como la que desarrolló en EEUU Michael Novak, aunque para ello tuvo que desnaturalizar el Evangelio y las tradiciones jesuánicas.

En el caso de Ellacuría es evidente que la idea y buena parte de los medios para promover una civilización de la pobreza se encuentran en la tradición de los evangelios, aspecto que no vamos a desarrollar aquí. Y también, por ser él jesuita y haber estudiado a fondo a san Ignacio de Loyola, la encontró, debidamente historizada, material y socialmente, en la tradición ignaciana de los Ejercicios Espirituales en la meditación de las dos banderas.²⁵ Se afirma en ella que en la vida de las personas hay dos caminos en que se deciden: la salvación o la condenación, la humanización o la deshumanización. Un camino comienza con la *pobreza* y lleva por su naturaleza a la *humanización integral*. Y otro camino comienza con la *riqueza* y lleva por su naturaleza a la *deshumanización integral*. Ambos caminos están en lucha, de modo que la civilización de la pobreza actúa contra la civilización de la riqueza. La pobreza, debidamente historizada, es “principio” de bienes, y además puede liberar de los males de los cuales es principio la riqueza.²⁶

La civilización de la pobreza es un estado universal de cosas en que esté garantizada la satisfacción de las necesidades fundamentales, la libertad de las opciones personales y un ámbito de creatividad personal y comunitaria que permita la aparición de nuevas formas de vida y cultura, nuevas relaciones con la naturaleza, con los demás hombres, consigo mismo y con Dios

Ellacuría insiste en que hay que *trabajar* por esa civilización de la pobreza. En lenguaje de la tradición cristiana afirma que no basta con predicarla como profecía contra la civilización de la riqueza, ni siquiera sólo con anunciarla como buena noticia para los pobres de este mundo. La solución «no puede estar en un salirse de este mundo y hacer frente a él un signo de protesta profético, sino en introducirse en él para renovarlo y transformarlo hacia la utopía de la tierra nueva».²⁷

En ese contexto propone dos tareas fundamentales. Una, la más comprensible y aceptada en principio, es «crear modelos económicos, políticos y culturales que hagan posible una civilización del trabajo como sustitutiva de una civilización del capital».²⁸ La otra consiste en robustecer una característica fundamental de la civilización de la pobreza: «la soli-

²⁵ «Lectura latinoamericana de los Ejercicios Espirituales de san Ignacio», *Revista Latinoamérica de Teología*, 23, 1991, pp. 128-133.

²⁶ Y no es casual que entre *jesuitas*, que conocen la meditación de las dos banderas, y que además son *del tercer mundo*, se encuentra la misma intuición. En Asia A. Pieris, en Africa E. Mveng, además del mismo Ellacuría en América Latina, retomaron la tesis: los pueblos e Iglesias pobres salvarán a los pueblos e Iglesias ricas.

²⁷ «Utopía...», *op. cit.*, p. 172.

²⁸ «El desafío...», *op. cit.*, p. 1078.

daridad compartida, en contraposición con el individualismo cerrado y competitivo de la civilización de la riqueza». ²⁹

Con la solidaridad, en efecto, nos introducimos en un ámbito de la realidad que no es meramente el de lo eficaz instrumental. Es el ámbito de “espíritu”, de lo eficaz espiritual, aspecto que me pareció más llamativo del pensamiento de Ellacuría en sus últimos años al analizar la realidad social global: su insistencia en un espíritu que informe una nueva civilización y que puede ser generado muy principalmente por los pobres. En eso recoge algo fundamental de la tradición cristiana y de las mejores tradiciones latinoamericanas, superadoras de tendencias individualistas disociadoras.

Después de lo dicho puede parecer evidente, pero quiero recordar un punto en el que insistía Ellacuría: no solo está fallando el orden económico, sino el orden político y aun el proyecto general de la humanidad. ³⁰ Para apuntar a un nuevo proyecto de humanidad se remitió al reino de Dios predicado por Jesús. Reconoce lo mucho que hay que hacer y cambiar en el tercer mundo con un cúmulo de conocimientos. Pero insiste en que «un proyecto de humanidad y de civilización que no tuviera en cuenta la utopía del reino quedaría disminuido no sólo en su proyección trascendente, sino en su realización histórica». ³¹

En los años en que pensó la civilización de la pobreza dedicó también tiempo a pensar concienzudamente las diversas dimensiones de los pobres: su materialidad la opresión bajo la que viven, su [posible y deseable] toma de conciencia y organización para superar la pobreza, lo que ya es expresión de “espíritu”, y su vivir, según un más y un menos del espíritu de las bienaventuranzas. Son los “pobres con espíritu”. Esto es esencial en una nueva civilización, y desde una civilización de la riqueza es difícil captarlo en los pobres reales.

J. Comblin dice que visto desde fuera, el mundo de los pobres es todo negatividad: sin embargo, visto desde dentro, «el mundo de los pobres tiene vitalidad, luchan para sobrevivir, inventan trabajos informales y construyen una civilización distinta de solidaridad, de personas que se reconocen iguales, con formas de expresión propias, incluidos el arte y la poesía». ³² Monseñor Romero atribuía a las mayorías populares, una fuerza especial: «empujan a su servicio», decía (*Homilía* del 18 de noviembre, 1979). Y a Ellacuría le impresionó que Monseñor captara en el pueblo «una capacidad de encontrar salidas a las dificultades más graves». ³³

²⁹ «Utopía...», *op. cit.*, p. 172

³⁰ *Ibidem.*

³¹ *Ibidem.*

³² *Ibidem*, p. 66.

³³ «La UCA ante el doctorado concedido a Monseñor Romero», *ECA*, 1985, p. 168.

En lo personal, viendo de lejos a los refugiados de Rwanda y de cerca a muchas comunidades salvadoreñas en tiempos de guerra, de terremoto y en la cotidianidad de su vida, he hablado de «santidad primordial», su decisión de vivir y de compartir vida.³⁴ La expresión “calidad de vida” no ha nacido en el mundo de los pobres, pues la “calidad” ya presupone que hay “vida”, mientras que los pobres lo que no dan por supuesto es la vida. Pero de ese mundo sí emergen “impulsos de vida”, antes de que esta quede cosificada y sea pensada, en buena medida, desde y para el consumismo de la civilización de la riqueza. De los pobres puede surgir humanidad, acogida, comunidad, arte, cultura, teología.

Eso, pienso yo, es lo que Ellacuría entendía por la inmensa riqueza espiritual y humana de los pobres. No era simplista ni injusto. Apreciaba y propiciaba los avances en ciencia y tecnología, que pueden ser puestos al servicio de lo humano, y también modelos culturales y expresiones de espíritu en Occidente. Hoy se aprecian, por ejemplo, valores como la tolerancia y el diálogo, si bien, unilaterales, no dejan de tener graves peligros. También hay avances en el terreno de la solidaridad, aunque a veces de forma vaga y aun egocéntrica, entendida unilateralmente como ayuda al que sufre más que como una forma de dar y recibir también del que sufre. Pero esto no es suficiente. Se necesita un nuevo quicio sobre el que giren de forma humana y civilizada los diversos elementos que configuran a una sociedad.

La civilización de la pobreza, que proviene fundamentalmente del espíritu de los pobres –y del de Jesús–, genera valores que, unidos a lo más genuino de las tradiciones civilizatorias del pasado y en el presente, pueda crear el nuevo quicio. Esto supone revertir el dogma incuestionado de que, en definitiva, el mundo girará bien sólo alrededor de la riqueza.

Cuál sea ese quicio, lleno de un nuevo *espíritu*, no es fácil de expresar, pero quizás los siguientes elementos puedan ser importantes: a) Superar vivir en la irrealidad (docetismo), en islas de abundancia, ajenos, desentendidos de las mayorías de pobres, oprimidos; b) la honradez con lo real, superando mentira y encubrimiento con la voluntad de verdad, poniendo nombre a los millones de víctimas y mártires, haciendo memoria de ellos, de cuya savia vivimos; c) compasión ante el sufrimiento de inmensas mayorías, denunciando proféticamente la injusticia que las produce; d) la exigencia de una libertad de todos, y por lo que toca a la propia libertad, comprenderla en definitiva de modo que nada sea obstáculo para hacer el bien; e) cargar con el peso de la historia, cotidianamente y hasta el final; f) el gozo de sabernos todos hermanos y hermanas, que puede ir acompañado del sufrimiento, pero que no tiene por qué ir acompañado por la tristeza; g) el cuidado de la naturaleza y de toda la creación, dentro de la cual nos integramos en una unidad mayor; i) la esperanza utópica de un nuevo cielo y una nueva tierra; j) la apertura a un misterio último de la realidad y, para

³⁴ *Terremoto, terrorismo, barbarie y utopía. El Salvador, Nueva York, Afganistán*, Madrid, 2002, pp. 125-135; San Salvador, 2003, pp. 129-140.

algunos, el salirse de uno mismo, como en la oración de san Francisco de Asís, y el poner nombre a eso último, Padre, Madre, sin quitarle lo que tiene de inefable y misterioso, Dios.

Me he preguntado de dónde le vino a Ellacuría formular la salvación de nuestro mundo –y la utopía– como «civilización de la pobreza». Él mismo apuntó hacia una respuesta: «Hay unos lugares más propicios al surgimiento de utopistas proféticos y de profetas utópicos».³⁵ El lugar para pensar la «civilización de la pobreza», no es ciertamente el capitalismo. Dicho más en general y en mayor profundidad, no es el mundo de la abundancia, de la exaltación del individuo, del éxito y del buen vivir. Menos aún es el mundo de la prepotencia que dice «lo real somos nosotros». El lugar en que convergen por necesidad profetismo y utopía es el tercer mundo, donde la injusticia y la muerte son intolerables, y donde la esperanza es como la quintaesencia de la vida.

Como hecho histórico hay que recordar que, a diferencia de lo ocurrido en Nicaragua, por ejemplo, Ellacuría vivió en El Salvador, donde ni los pobres ni una religión según la teología de la liberación estuvieron en el poder. En ese mundo vivió y murió Ellacuría. Y en él pensó la civilización de la pobreza.

³⁵ «Utopía...», *op. cit.*, p. 141.